

A LO largo de los años, Marcelo Mellado ha construido una propuesta literaria que se caracteriza por ser honesta, provocadora, coherente y sumamente bien articulada. Son pocos los escritores chilenos contemporáneos que pueden demostrar algo parecido en sus trabajos, y Mellado, ajeno a las comparaciones y a la idea de clan, prefiere expresarse desde una posición de autoimpuesta marginalidad que, vistas las cosas como son, no deja de parecer una opción muy sensata. Cancino, el personaje principal de la excelente novela *La batalla de Placilla*, también habla desde la disconformidad, y a lo largo de la trama no para de despotricar con singular gracia en contra de todo aquello que le molesta de la chilenidad, lo cual, ciertamente, no es poco.

La batalla de Placilla significó el fin del gobierno de Balmaceda y, con él, según muchos, entre los que yo también me cuento, desapareció del mapa cualquier posibilidad de un Chile más decente. La revisión de este hecho bélico le sirve a Mellado para componer un

CRITICA DE LIBROS

El cóndor quiere carne

El protagonista de la excelente novela *La batalla de Placilla*, de Marcelo Mellado, no para de despotricar, con singular gracia, en contra de todo aquello que le molesta de la chilenidad, lo cual, ciertamente, no es poco.



Juan Manuel Vial

Crítico literario

cuadro en que el pasado se entrelaza magníficamente con nuestra historia reciente y con la cotidianidad de nuestros días. Cancino es un nihilista que, bajo la apariencia de un despotricador insigne, esconde a un verdadero iluminado. Su desprecio por los poetas –un guiño ya clásico en los libros de Mellado–, por los historiadores, por el falso respeto “a lo patrimonial”, su rabia en contra de



LA BATALLA DE PLACILLA

Marcelo Mellado, Hueders, Santiago, 2012, 252 pp.

Valparaíso, su fobia por los jubilados, su odio hacia “la perra Concertación”, lo convierten, a Cancino, tipo inteligente como pocos, en un personaje insospechadamente entrañable.

La presencia del pintor Juan Francisco González en Placilla al día siguiente de la batalla –que en rigor fue una carnicería– permite que Mellado elabore una especulación llamativa acerca de su carrera pictórica y de su posición en la sociedad chilena de fines del siglo XIX. Por su parte Cancino, descreído y todo, es capaz de montar muy buenos análisis, ya sean existenciales, históricos o artísticos (el tipo está embarcado en una recreación del combate de Placilla, proyecto financiado por la universidad privada en la que trabaja).

En el ámbito humano, el protagonista mantiene una conmovedora y a ratos virulenta amistad con Magda, una mujer a la que conoce desde sus tiempos de estudiante en la década de los 70. Juntos participaron en el combate a la dictadura, aunque la madurez los llevó por caminos distintos. En la actualidad (el presente de la novela transcurre en el año 2010), Magda es una especie de cacica en el ámbito de las ONG porte-

ñas, mientras que Cancino se quedó estancado en un ácido nihilismo, no carente, como ya se ha dicho, de lucidez.

Notables son las descripciones de los círculos bohemios de Valparaíso, al igual que las irrupciones en escena de la Prieta Choricera, un siniestro poeta homosexual conectado con el departamento cultural de la municipalidad porteña. El humor en esta novela es negro, y claro, no podía ser de otra manera: negro es el color con que la realidad se presenta ante los ojos del protagonista. Recordando entre copa y copa el pasado una noche con Magda, Cancino concluye que la batalla de Placilla consistió en “una carnicería necesaria y programada”, propia de un “país abusivo y estructuralmente criminal”. La sentencia queda reafirmada por otro hecho que vuelve a su memoria: “‘El cóndor quiere carne’, chillaba un milico criminal llamando a sus huestes a asesinar opositores en la dictadura pinochetera”. Guardando las distancias con el horror, en cierta forma Marcelo Mellado también actúa como un cóndor hambriento; un cóndor que picotea los ojos de nuestra tambaleante complacencia.